

Sorprende que el autor de la Carta a los Hebreos exhorte a mantenerse en la misma enseñanza sobre Cristo, cuando es sabido por todos que este escrito es el que contiene una de las cristologías más novedosas y originales de todo el Nuevo Testamento. Esto invita a considerar atentamente qué significa esa fidelidad a la enseñanza primitiva. El Santo Padre ha comprendido que la fidelidad al Cristo de siempre exige a la Iglesia una evangelización nueva en los métodos y expresiones que requiere la generación que está por iniciar el tercer milenio.

Agradecemos a Dios la piedad mariana de los pueblos latinoamericanos cuya evangelización María acompañó desde los comienzos con su repetida visitación convocándonos a seguir a Cristo. Ponemos en sus manos y en su corazón los deseos y propósitos de esta IV Conferencia, honrándola como estrella de la primera y también de la nueva Evangelización. Que ella nos enseñe a ser dóciles a la voz del Señor y presida con su oración la renovada empresa, con la que la Iglesia, en estos tiempos difíciles y llenos de esperanza¹⁰³ hará presente a Jesús ante el tercer milenio.

Jesucristo es el Alfa del tiempo: venimos de Él. Es la omega del tiempo: vamos a Él. Es el centro del tiempo: siempre estamos en Él¹⁰⁴. Él es el Señor de la Historia. “El Espíritu y la novia dicen: ¡Ven!... ¡Ven, Señor Jesús!”¹⁰⁵.

Mons. Estanislao Esteban Karlic

La nueva Evangelización

Card. Lucas Moreira Neves

I. Origen y significado de la expresión “Nueva Evangelización”

EL Papa Juan Pablo II, en el discurso inaugural de su pontificado, había acuñado la frase: “No tengáis miedo: abrid las puertas al Redentor”; en su primera encíclica, la sentencia: “El camino de la Iglesia es el hombre” (persona humana); en la exhortación apostólica “Familiaris consortio”, la frase: “el bienestar de la humanidad pasa por la familia”. Fue él también quien forjó esta expresión: Nueva Evangelización.

Las primeras veces la usó refiriéndose a Europa y en el contexto peculiar de la unidad de Europa. Una Nueva Evangelización de los países europeos debería comportar, según las perspectivas de Juan Pablo II, un nuevo encuentro con las raíces cristianas comunes a todas las naciones europeas. Por eso mismo, la Nueva Evangelización debe ser considerada como un valioso factor de unión dentro del viejo continente.

En 1983, en el discurso en Puerto Príncipe, el Papa usó por vez primera la expresión Nueva Evangelización refiriéndose a América Latina. En estos últimos nueve años ha venido aplicándola a nuestro subcontinente y, obviamente, lo hace en un sentido muy diferente al europeo.

El Papa invita insistentemente a profundizar este concepto de Nueva Evangelización y él mismo lo explica en numerosas declaraciones sobre la materia. Mi ponencia trata de aclarar, a la luz de tales pronunciamientos, el significado doctrinal y práctico-pastoral de la expresión. Me contento, pues, con hacer algunas consideraciones que juzgo útiles para la comprensión de la mencionada expresión.

Hablar de nueva (segunda o renovada) evangelización es reconocer que hubo una antigua o primera. Sería impropio hablar de nueva evangelización de tribus, poblaciones, razas o comunidades humanas que no hayan recibido ya el Evangelio: pigmeos, africanos o aborígenes de Australia y Oceanía. Se trata aquí de simple evangelización. Se puede, en cambio, hablar de Nueva Evangelización en América Latina, porque aquí sí hubo una primera evangelización, iniciada a partir de la segunda expedición de Cristóbal Colón. Sus protagonistas fueron doce misioneros franciscanos traídos por el Almirante. Juan Pablo II habla de "evangelización fundante" por haber sido el fundamento, o cimiento de una obra que ahora está cumpliendo 500 años.

Hablar de Nueva Evangelización no quiere decir que la antigua haya sido inválida, infructuosa o de poca duración. Significa que, por buena y duradera que haya sido, hoy día los jóvenes plantean nuevos desafíos y nuevas interpelaciones al Evangelio. Es, pues, necesario y urgente dar respuestas evangélicas nuevas y válidas. Es lo que debe hacer la Nueva Evangelización.

Hablar de Nueva Evangelización, como hizo notar el Papa en el Discurso inaugural de esta IV Conferencia, no significa proponer un nuevo Evangelio diferente del primero: existe un solo y único Evangelio, del que podemos sacar nueva luz para los problemas nuevos.

Hablar de Nueva Evangelización no quiere decir volver a evangelizar (el Santo Padre excluyó terminantemente este sinónimo en el discurso de Haití, pero lo emplea en Polonia, como queriendo decir que allí donde el comunismo arrancó las raíces profundas del humanismo cristiano es preciso volver a comenzar desde el inicio). En América Latina, no se trata de prescindir de la primera evangelización, sino de partir de la riqueza de los valores dejados por ella. Más que de oposición y antagonismos con la primera evangelización, la segunda y Nueva Evangelización quiere prolongarla, profundizarla, completarla y ponerla al día.

Esto debe ser tomado seriamente en cuenta so pena de adulterar peligrosamente la Nueva Evangelización.

II. Características de la Nueva Evangelización

El mismo Juan Pablo II, en el citado discurso de Haití y en declaraciones posteriores, como en Montevideo, trazó algunas características esenciales de la Nueva Evangelización. Son éstas las que permiten definir la Nueva Evangelización y conocer su naturaleza.

Tres elementos, según el Papa, confieren novedad a la Nueva Evangelización: un nuevo ardor, que anima y sostiene a los evangelizadores y contagia a los evangelizados; nuevos métodos, utilizados en la obra de evangelización y nuevas expresiones, empleadas en la transmisión del Evangelio.

El nuevo ardor, factor esencial y primero de novedad en la evangelización, es el mismo "fervor del Espíritu" (Espíritu con E mayúscula), indicado por el Papa Pablo VI como el alma de la evangelización. Sería inquietante si tal ardor sobrase en predicadores de otros credos y fuese escaso y débil en los anunciadores de Cristo y del misterio cristiano.

Los nuevos métodos harán nueva la evangelización si, manteniendo la pureza e integridad del contenido, le permiten llegar más fácilmente y al mayor número de personas, incluso a las grandes masas. Otros métodos deberán completar estos primeros, incluso corregirlos, en el sentido de salvaguardar la comunión interpersonal y el clima de familia entre el pastor y los fieles, así como entre los fieles en una misma comunidad.

Las expresiones nuevas se refieren al problema de lenguaje, a las señales externas, a la cobertura de palabras y gestos que es necesario utilizar en la Nueva Evangelización para hacer, no sólo más expresivas e incisivas, sino también más comprensibles y asimilables las verdades evangélicas y las enseñanzas esenciales del cristianismo.

Tratando de definir cada vez mejor la Nueva Evangelización, Juan Pablo II declara que es el conjunto de planes adoptados, de iniciativas programadas para llevar el Evangelio a la gente y para conducir a la gente con mayor eficacia al Evangelio. El Papa llega a hablar de una nueva estrategia en el anuncio evangélico, en la congregación de los fieles, en la experiencia de la vida cristiana. Debe quedar evidente, pues, que la Nueva Evangelización no se reduce a planes y proyectos, ni mucho menos a prácticas y cambios apostólicos para hacer "pasar" el Evangelio. En la Nueva Evangelización, lo más importante -lo repetimos- es el "fervor del espíritu" con que se anuncia una Persona (la de Cristo) y un hecho (el de su Pascua o de su Iglesia, gracias a la cual Él permanece con nosotros).

Por lo tanto, para Juan Pablo II la Nueva Evangelización no es algo puramente doctrinal o especulativo: es sobre todo algo operativo y dinámico. Pienso que sea exacto concebirla y definirla, lo más sintéticamente posible, como el conjunto de medios y modos para colocar el Evangelio en confrontación activa con la modernidad y lo postmoderno, ya sea para interpelar como para dejarse interpelar por ellos. Añado inmediatamente que no hablo de Modernidad

y Postmodernidad de modo ingenuo, casi mítico, como si se tratase de la edad de oro, de un paraíso reencontrado, de un símbolo de perfección, sino de un modo crítico, viendo en ellos, a la luz del Evangelio, valores y contravalores, límites y vacíos.

III. Elementos propicios para la Nueva Evangelización en América Latina

Quien conoce bien nuestro subcontinente latinoamericano y los pueblos que lo componen, suele descubrir, entre otros, tres elementos favorables a la Nueva Evangelización. Son realidades que en cierto modo exigen el anuncio ardiente del Evangelio, porque manifiestan como un sufrimiento por carecer de él.

La primera de estas realidades es el sentido religioso que impregna a nuestro pueblo. Este sentido religioso, no comprendido, mal educado o instrumentalizado en sentidos diversos, puede conducir a supersticiones, a creencias, a formas inquietantes de fanatismo, de magia, de irracionalidad, de misticismo exacerbado. En sí mismo, esto manifiesta una piedad popular católica, si no madura, por lo menos muy sincera y arraigada. Una vez educado, este sentido religioso es una auténtica hambre y sed de lo sagrado, de lo absoluto, de Dios, todo ello enraizado en el substrato católico que el Documento de Puebla discierne en las propias fuentes o en nuestras nacionalidades. Es un auténtico llamamiento a una seria evangelización, hecha con prudencia, con amor y con sabiduría pastoral.

Un segundo elemento favorable es la confianza de que generalmente goza la Iglesia en el espíritu de nuestra gente.

No obstante el vasto pluralismo religioso vigente hoy día en nuestros países, y a pesar de los ataques virulentos contra la Iglesia, tanto en la predicación inflamada de ciertos grupos religiosos como en los medios de comunicación social, tanto en las aulas universitarias como en las arengas de los políticos que se juzgan perjudicados por ella, la Iglesia aparece constantemente en los tres primeros lugares entre las instituciones dignas de confianza. Nótese, además, que en la manera de pensar común y corriente de América Latina, el término Iglesia, sin añadiduras, significa, con todas las consecuencias que esto comporta, la Iglesia católica apostólica y romana. Para referirse a otras Iglesias se usan los adjetivos correspondientes. Esta confianza depositada en la Iglesia y en su

misión, a partir de puntos de vista que a veces se contraponen -por sus posturas en defensa de los derechos humanos o por su fidelidad a los valores morales y espirituales, considerados innumerables-, puede constituir el elemento propicio al anuncio del Evangelio.

No menos propicio es el hecho de que la Iglesia se encuentre hoy en la línea de tiro de las diversas fuerzas de poder en varios campos. Ante las acusaciones contradictorias de las que es víctima en diferentes tribunales del mundo -en materia de dogma o de moral, de ética social, familiar o individual, de política o de economía, etc.- crece el número de los que, ignorando el verdadero pensamiento de la Iglesia, tratan de conocerlo y, no raramente, terminan por apreciarlo, amarlo y adherirse a él.

IV. Desafíos a la Nueva Evangelización

Paralelamente a estos elementos propicios, es imposible no discernir otros, numerosos, que alguien podría definir como inconvenientes y quién sabe hasta qué punto como obstáculos. En realidad, podemos considerarlos más bien como desafíos -estimulantes y provocadores- a la Nueva Evangelización.

Me parece que los siguientes desafíos son los más amplios y, por lo tanto, los más importantes.

1. En el plano de los fundamentos de la fe y de su consolidación.

La Nueva Evangelización debe dar un énfasis cada vez mayor a las Escrituras -Antiguo y Nuevo Testamento-, en la predicación, en la catequesis, en la liturgia y en el culto, en la animación de las comunidades, en los círculos bíblicos. La revalorización de la Palabra de Dios, sin las desviaciones del fundamentalismo, por un lado, y del reduccionismo o la manipulación socio-política por el otro, será sin duda alguna una sólida base para el diálogo ecuménico y un antídoto contra la tentación de muchos fieles nuestros, que buscan en grupos religiosos heterodoxos lo que no encuentran en sus comunidades católicas.

La Nueva Evangelización presupone una cristología cimentada en las Escrituras, en los dogmas de los primeros concilios, en la teología de los grandes Padres y Doctores, en los maestros espirituales, de otros tiempos y

contemporáneos; todo esto en estrecho contacto con los graves interrogantes de nuestros días y traducido a un lenguaje comprensible a nuestro tiempo. Una cristología mutilada, perturbada por dudas e incertidumbres respecto a los dogmas como el de la divinidad de Cristo, su resurrección, su condición de fundador de la Iglesia, su permanencia en la misma Iglesia, su segunda venida, destruye *in limine* cualquier realidad de Nueva Evangelización.

Una concepción común de la Iglesia en lo que ésta tiene de esencial es una exigencia básica para la Nueva Evangelización. Por el contrario, eclesiologías en conflicto, sobre todo si son profesadas por pastores y/o teólogos, introducen un elemento de ruptura interior que pueden llevar a la Nueva Evangelización hasta su disgregación.

Es, pues, indispensable que todos los evangelizadores, superando cualquier subjetivismo, busquen en la teología del Concilio Vaticano II la visión de Iglesia que profesan, enseñan y viven.

La Nueva Evangelización debe ofrecer a la fe del católico los medios necesarios para que resista a cinco de los ataques más comunes y amenazadores en América Latina: a) El de la ignorancia religiosa; b) el del secularismo incipiente, pero en crecimiento, sobre todo en las clases medias y altas y las universitarias; c) el indiferentismo religioso presente, en diversas formas, tanto en las clases pobres, como en los medios más altos, socialmente hablando. Es fruto de la poca atención pastoral y de la frustración que se deriva de una búsqueda a través de muchos grupos religiosos; d) el sincretismo religioso, que consiste en considerar que el cristianismo y el catolicismo son únicamente un culto, igual que a los demás cultos, por lo que pueden ser practicados en alternativa a otros cultos, según el capricho de cada uno; e) el influjo de las sectas (o grupos religiosos alternativos) cada vez más audaces, casi siempre desleales en su proselitismo, que atraen por las promesas hechas en términos de bienestar, de salud, de dinero, de trabajo, etc. Estas sectas, por lo general, constituyen un serio peligro para la fe, y la experiencia nos enseña que sólo los católicos que están bien formados desde el punto de vista doctrinal y comprometidos con Cristo en sus comunidades permanecen inmunes a sus seducciones.

También, por lo que se refiere a la consolidación de la fe, me parece importante que la Nueva Evangelización valorice, promueva u organice y que nunca falte: a) un kérigma o primer anuncio vigoroso, claro, persuasivo y alegre de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios e Hijo de la Virgen María; kérigma llevado de casa en casa, en las calles y en las plazas, donde quiera que haya gente numerosa y sedienta de Dios. Dicho kérigma constituye la fuerza de los grupos pentecostales o de algunos otros grupos alternativos y, en general, es menos apreciado y

bastante descuidado por los católicos; b) una buena catequesis o profundización de la fe, que no sea abstracta sino injertada en la vida; que no se transforme en mera concientización socio-política, incapaz de dar respuestas a la arraigada demanda religiosa de nuestra gente; que abarque todas las edades, se dé en todos los ambientes (familia, parroquia, escuelas primarias, secundarias y superiores) y que use todos los medios, incluso la televisión; una catequesis que sea rigurosa, tanto en los contenidos como en el testimonio de vida de los catequistas; c) una vida comunitaria lo más intensa, calurosa y solidaria posible; d) una experiencia permanente de oración, alabanza y acción de gracias, enriquecida por la práctica sacramental; e) una dimensión misionera, mediante la cual las personas y las comunidades evangelizadas se vuelven evangelizadoras; f) una generosa y creada apertura hacia las demás comunidades.

Las seis etapas que acabo de describir -kérigma, catequesis, formación de comunidades, vida sacramental y de oración, impulso misionero y apertura ecuménica a otras comunidades- son las mismas que Pablo VI, en la *Evangelii Nuntiandi*, señala en el proceso de evangelización y que debemos encontrar en la nueva evangelización.

2. En el plano del encuentro entre la fe y la cultura se presentan los siguientes desafíos:

La Nueva Evangelización debe encontrar el lenguaje apropiado para cada cultura, de tal manera que todos aquellos a quienes quiere comunicar el Evangelio puedan entender este lenguaje (es lo que se suele llamar "aculturación"); aprender la lengua de las personas a quienes se tiene que comunicar.

Las culturas no deben considerarse como algo perfecto e inmutable, cerrado y cristalizado, sino como algo perfectible, y por eso mismo, abierto a otras realidades.

Las culturas no deben ser vistas como una especie de religión, de tal manera que el Evangelio y la fe cristiana tengan que adaptarse a ellas y a sus dogmas y no ellas al Evangelio.

La Nueva Evangelización debe ser consciente de que, penetrando en las varias culturas, el Evangelio y el cristianismo las transforman desde dentro, en el sentido de que se vuelven más humanas y abiertas al designio de Dios. De todo eso se hablará ciertamente con mayor amplitud y profundidad en la "ponencia" sobre la cultura.

3. En el plano de la promoción humana

La Nueva Evangelización debe tener conciencia de que se dirige a un continente formado por inmensas masas de pobres e incluso sumamente pobres, para los que tiene un mensaje.

La originalidad de la opción evangélica por los pobres está en que, a diferencia de las opciones ideológicas y estratégicas, la Nueva Evangelización llevará a los pobres ante todo el anuncio de la inalienable dignidad de cada persona humana y la propuesta de un humanismo integral.

Gracias a esto, la Nueva Evangelización, sin pretender ofrecer soluciones técnicas para los problemas económicos, está dirigida a la extirpación de la miseria, la eliminación de los graves y escandalosos desequilibrios sociales; quiere ofrecer a todos lo necesario y suficiente, por lo que se refiere a la comida, la vivienda, el salario justo, la salud, la instrucción, el bienestar general; y sobre todo busca la solidaridad entre todos (personalmente me atrevería a soñar con una utopía: ¡que la Nueva Evangelización propusiese una gran reconciliación entre todos en este Jubileo de los 500 años!).

La cultura de la muerte, que desafía al evangelio de la vida, he aquí otra interpelación a la Nueva Evangelización. Esta cultura de la muerte, contra la cual la Nueva Evangelización se debe oponer ofreciendo salidas válidas, se refleja, con mayor o menor intensidad, en problemas de dolorosa actualidad en la mayoría de nuestros países: el azote del aborto, la mortalidad infantil por inanición, el abandono y luego el asesinato de los niños y niñas de la calle, la violencia armada, los secuestros de personas, el narcotráfico con sus terribles consecuencias.

La ética en la política y en la vida.

V. Los instrumentos vivos de la Nueva Evangelización

Son importantes en la Nueva Evangelización en América Latina los instrumentos de los que ella se sirve.

Sin la pretensión ni la posibilidad de dar una lista exhaustiva y reconociendo el valor de todos ellos, deseo citar algunos de estos instrumentos por la importancia que tienen en las actuales circunstancias.

Ante todo me refiero a los medios de comunicación social. Por una parte, tienen un incalculable poder para transmitir ideas, convicciones, normas de vida, modelos de comportamiento, poderes comúnmente usados en contra de la fe, de la moral y del ideal evangélico, pero que también pueden ponerse al servicio de este ideal. Por otra parte, los medios masivos de comunicación tienen un efecto multiplicador de gran utilidad cuando se trata de cubrir grandes distancias y suplir la escasez de evangelizadores. La Nueva Evangelización en América Latina deberá preparar los mejores comunicadores que pueda formar; producir el mejor material posible; educar la conciencia crítica de los oyentes o telespectadores. Suelo decir que la parroquia mayor de mi archidiócesis es la Radio Excelsior, emisora arquidiocesana. Y estoy convencido de que a través de ella alcanzo cien veces más fieles de los que las iglesias de la archidiócesis podrían contener.

El segundo instrumento es la catequesis. Siempre necesaria, lo es más cuando es preciso disipar la ignorancia religiosa, crónica en nuestro ambiente. Y más aún para luchar contra las formas de sincretismo religioso, de superstición, de involución en búsqueda de moldes de religión animista. Por otro lado, es una exigencia formar buenos y buenas catequistas, seguros en la doctrina y con un comportamiento incensurable, conscientes de que deben transmitir la verdad revelada y no únicamente simples conceptos sociológicos.

Tercer instrumento: la educación. Es muy difícil -pero no imposible para Dios- transmitir todo el evangelio cuando falta la educación de base. La gracia actúa también en el corazón y en la mente de los analfabetos y muchos de ellos han llegado a la mística más sublime. Pero, normalmente, la evangelización supone personas humanas en toda su integridad, que se obtienen sólo por medio de la educación. La Nueva Evangelización procura dar una mano a todos los responsables del progreso educacional en todos los niveles. Para comenzar, ella no deja de hacer un llamamiento a los más pobres y marginados para que no se resignen a su condición sino que traten de levantarse y caminen con sus propios pies, mediante la educación.

En un campo totalmente diferente, en ámbito intraeclesial, indico como instrumento de la Nueva Evangelización los ministerios instituidos que se pueden conferir a los laicos, hombres y mujeres. Todavía no se han definido adecuadamente estos ministerios. Mirando de cerca a América Latina, estoy convencido de que, además de los ministerios extraordinarios de la comunión eucarística, del matrimonio como *testis qualificatus* del bautismo, toda una serie de ministerios se revelan útiles, como por ejemplo el culto dominical, el de la catequesis, de la animación litúrgica, de la animación comunitaria, de los cementerios, de la recepción en la Iglesia, de la consolación, de la acción social.

VI. Los destinatarios-sumetos de la Nueva Evangelización

Para completar lo que hemos dicho acerca de la Nueva Evangelización, es oportuno observar que ésta puede y muchas veces debe dirigirse con especial énfasis a determinadas personas o categorías.

Objetos y destinatarios del esfuerzo evangelizador de la Iglesia, estas personas y categorías son también sujetos y operadores de evangelización. Citemos algunos de estos destinatarios-protagonistas de la Nueva Evangelización, subrayando más el segundo aspecto de protagonistas.

En profunda e indiscutible continuidad con las Conferencias de Medellín y de Puebla, los primeros objetos-sujetos de la Nueva Evangelización son los pobres.

Estos, que desde Puebla hasta nuestros días se han hecho cada vez más numerosos y mucho más pobres en casi todos los países latinoamericanos, esperan una renovada solidaridad de la Iglesia; esperan que ella les anuncie con nuevo ardor la centralidad de Cristo y las riquezas de la gracia divina; que les comunique la conciencia de su dignidad humana en Cristo; que los inicie y que los acompañe en la vida de gracia mediante los sacramentos; que los nutra con la Palabra de Dios; que los ayude a superar la barrera de la miseria; que colabore con ellos en su esfuerzo para salir de las múltiples formas de marginación. Esperan que la Iglesia manifieste su amor por ellos sin adularlos, sin ocultar sus pecados y sus flaquezas, sin dispensarlos de ser fieles a todas las bienaventuranzas, consejos evangélicos y virtudes cristianas, bajo el pretexto de que su pobreza material ya los vuelve impecables y santos.

En segundo lugar, los jóvenes. Éstos tienen motivos para quejarse y acusar a la Iglesia de estar en deuda con ellos. Proclaman que ésta no dio a la segunda opción preferencial de Puebla (por los jóvenes, precisamente), la misma importancia práctica dada a la primera. Si bien en disminución en América Latina a causa de insensatos programas de esterilización, de control de la natalidad y de aborto, llevados a cabo en nuestras naciones, los jóvenes constituyen todavía enormes masas. Son millones y millones, que están amenazados de manipulación: manipulación por medio de la droga, de la pornografía, de las ideologías, de la violencia, de la falta de compromiso y por la inercia; manipulación al servicio de partidos, sectas y movimientos. Desde el punto de vista religioso, son millones los adolescentes y jóvenes a los que no se logra revelar el verdadero rostro de Jesús, Dios y Hombre, ni la fuerza del ideal

cristiano y de la vocación bautismal; millones de adolescentes y jóvenes abandonados a la falta de la práctica sacramental del compromiso apostólico, a la ignorancia religiosa y a la indiferencia. Si la Nueva Evangelización no contiene un programa de buena noticia para los jóvenes y de convocación de los mismos, existe el peligro de que se sientan frustrados más de lo que ya lo están, que continúen al margen del cristianismo y que apliquen en otros campos el potencial de energías del que están llenos.

La opción por los pobres, si es mal entendida y se convierte en exclusiva y exclusivista y se deja impregnar por ideologías, terminará abandonando todo un sector de la población, propia o impropia llamado clase media. Esta es una parte de la sociedad cada vez más sacrificada en virtud de su empobrecimiento galopante, cada vez más oprimida, más sufrida, más resentida con respecto a la Iglesia católica. Y, no obstante, es el sector que mejor podría realizar el ideal evangélico y la doctrina social de la Iglesia, a saber, de trabajo, de salario digno, de pobreza sin miseria. Por otra parte, de este sector podrían salir los mejores líderes en todos los campos del actuar humano. Esta llamada clase media todavía se muestra abierta a las enseñanzas, a la conversión e incluso a la crítica y a las orientaciones prácticas de la Iglesia. Por eso, sin desconocer el aspecto polémico de mi postura, me atrevo a proponer el anuncio del Evangelio a la clase media como un cuidado indispensable de la Nueva Evangelización en América Latina.

La familia es otro objeto-sujeto muy importante, destinataria-protagonista de la Nueva Evangelización. Esto por un motivo ampliamente señalado por los analistas sociales y retomado por el Papa Juan Pablo II. En principio, en ningún otro continente la familia ocupa un lugar tan importante en la formación de la sociedad y, al mismo tiempo, sufre un deterioro tan tremendo. Amenazada por todos los instrumentos propios de la modernidad, por la mentalidad vigente, por los medios de comunicación social, por las legislaciones anti-familiares, la familia latinoamericana espera todavía intuitivamente de la Iglesia la ayuda necesaria para su regeneración moral y su integración social. Por eso, una pastoral familiar amplia, inteligente, capaz de comunicar valores éticos, religiosos y espirituales, sin descuidar las cuestiones socio-político-económicas que involucran a la familia, debe ser un elemento clave en la Nueva Evangelización.

Pasando a otro terreno, son objeto-sujeto, destinatarios-protagonistas de la Nueva Evangelización, los ministros ordenados. En efecto, la Nueva Evangelización, por una parte quiere inculcar en los obispos, presbíteros y diáconos del continente un nuevo ardor, nacido de la penetración de Jesucristo en sus vidas y de su empeño a configurarse a él como buen pastor, sumo y eterno sacerdote, esposo de la Iglesia y siervo paciente de Yahvé. Por otra parte, sabe que depende de estos ministros. Por eso, la Nueva Evangelización exige una

pastoral vocacional que aumente considerablemente el número de jóvenes candidatos a este ministerio, pero igualmente exige que estos jóvenes reciban toda la formación humana, cristiana, doctrinal, pastoral y sobre todo espiritual, que los haga verdaderos protagonistas de la misma Nueva Evangelización. La exhortación apostólica posconciliar *Pastores dabo vobis* está llamada a ser, en este sentido, un documento clave de la Nueva Evangelización.

Los religiosos y religiosas ocupan también un lugar insustituible en la Nueva Evangelización. Por un lado, los de vida contemplativa con su testimonio de gratuidad, de adoración, de búsqueda del absoluto, de práctica de las bienaventuranzas, de esperanza escatológica y de tensión por la Parusía y el Reino definitivo, todo esto en perfecta comunión con otras instancias y con todos los miembros de la Iglesia, especialmente con los pobres. Por otro lado, los religiosos y religiosas, que sin perder la dimensión contemplativa, están comprometidos en la acción apostólica y misionera. Estas personas consagradas, si es que poseen una visión eclesial de la propia vocación en total sintonía con la doctrina y tradición de la Iglesia, como se refleja en los Documentos del Concilio Vaticano II y en el magisterio posterior, son imprescindibles y tienen una función original en el dinamismo pleno de la Nueva Evangelización.

Igualmente necesaria e inconfundible es la presencia de los laicos, hombres y mujeres de todas las condiciones y edades, en la Nueva Evangelización. Quiero insistir en la presencia y la acción de las mujeres. Ellas, que numéricamente son más de la mitad de la humanidad, justamente buscan hoy (aparte de una que otra desviación ideológica) el pleno reconocimiento de su lugar social y de sus derechos-deberes en las sociedades, incluso en la comunidad eclesial. La Nueva Evangelización ganará ciertamente mucho si sabe servirse de las funciones de las mujeres en la difusión del Evangelio y en la vida social.

La exhortación apostólica *Christifideles Laici*, por lo que se refiere a los laicos, adquiere una relevancia que nunca se subyará suficientemente. Este documento es la carta magna de la acción de los laicos en todos los sectores de la Nueva Evangelización. Por eso deberá ser citado y puesto en práctica constantemente. Faltaría una dimensión esencial de la Nueva Evangelización y sería muy difícil suplir de algún modo a esta falta, si no existiese la *Christifideles laici*. Me refiero brevemente, por falta de tiempo, a una categoría especial de laicos: aquéllos y aquéllas que viven su laicidad en una dimensión de consagración a través de los Institutos seculares. Será preciso descubrir con una claridad cada vez mayor el lugar específico que estos laicos y laicas ocupan en la Nueva Evangelización, bajo el punto de vista tanto de nuevo ardor, como de nuevos métodos y expresiones.

La Nueva Evangelización o será misionera o no tendrá ni substancia ni sentido. Misionera en el sentido de conquistar espacios internos (intraeclesiales), cristianos y católicos de nombre, pero corroídos por la indiferencia religiosa, por la debilidad de la fe y por la ausencia casi total de la práctica y de la experiencia religiosa. Misionera también en el sentido de cumplir el deber de pronunciar y anunciar a Jesucristo en los más variados areópagos (para emplear una expresión de Juan Pablo II) en los cuales se alojan los próceres de la modernidad y de lo postmoderno. Misionera, en fin, por su dimensión ad gentes. También aquí un documento -una encíclica de Juan Pablo II- adquiere un inestimable valor de "texto base", de "manual" y breviario de la Nueva Evangelización: la *Redemptoris missio*. Obispos, presbíteros, diáconos, religiosos, religiosas y laicos, si quieren alistarse en la Nueva Evangelización deben leer, estudiar, meditar, practicar cada párrafo de esta encíclica.

Hablé de los próceres de los nuevos areópagos y debo, por tanto, plantear una convicción personal de pastor y de colaborador del ministerio petrino. Para que sea completa y prolongue el anuncio de Jesucristo y la enseñanza de la verdad revelada en diálogo con la cultura (las culturas) y para que influya en la promoción humana, la Nueva Evangelización no puede permitirse el lujo de encerrarse en sí misma y enmudecer ante estos próceres, y quién sabe si no bajo el pretexto falaz de que no forman parte de los pobres. La verdad es que, en un cierto sentido, ellos mismos saben y confiesan que son pobres, pobres al menos de la verdad que salva. La verdad es que son ellos -los economistas y políticos, los científicos y los más grandes artistas, los intelectuales, los técnicos e investigadores, los comunicadores sociales, los profesores universitarios y educadores en general, los militares, pero también los obreros especializados, los líderes sindicales, los estudiantes, los líderes rurales- los que verdaderamente influyen en la elaboración de las leyes, en la creación de las mentalidades, en la difusión de las ideas, en la conducción de la sociedad. Son ellos los responsables del destino de los pobres. Ahora bien, sólo algunos de ellos -no los ministros ordenados o los religiosos- una vez evangelizados, pueden evangelizar a sus semejantes. En este sentido, lo que Medellín llamaba la "pastoral de las elites" y Puebla más apropiadamente denominó "pastoral de los constructores de una sociedad pluralista" constituye ciertamente una plataforma importante de Nueva Evangelización y debe ser vuelto a formular con mayor vigor, pero no descartado o desvalorizado.

Termino esta ponencia y concluyo esta síntesis, forzosamente apresurada e incompleta, sobre la Nueva Evangelización, de un modo que algunos juzgarán quizás un poco insólito, pero no heterodoxo. Me atrevo a decir que los verdaderos destinatarios -protagonistas de la Nueva Evangelización en América Latina- son

los grandes pecadores y los grandes santos de nuestro continente. Los grandes pecadores, porque ellos constituyen la opción absoluta de Cristo: "No vine a buscar a los justos...". Los grandes santos, porque ellos son la evangelización en su realización más completa. Así sucedió en la primera evangelización: misioneros, obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos y laicas, muchos de ellos grandes figuras que forman un espléndido santoral latinoamericano, otros marcados por debilidades o resbalones de la condición humana, anunciaron el Evangelio. Conquistadores y colonizadores, muchos en buena fe y recta conciencia, sometidos a las circunstancias de su época; tantos otros, culpables de graves errores y pecados, escucharon aquel anuncio.

Hoy, delante de Dios, reconocemos faltas históricas que Él sabrá perdonar, pero también agradecemos el Kairós de la "evangelización fundante" desde hace 500 años hasta nuestros días. Queremos reconocer también que en estos tiempos de Nueva Evangelización, nosotros nos empeñamos, algunos con un alto grado de santidad manifestada en los testimonio de fe, de amor fraterno, de inclinación hacia el sacrificio, de fervor contemplativo, de celo en la propagación, de firmeza en la defensa de la verdad, hasta aquel testimonio, que por ser extremo se llama *martyria*; otros nos mostramos evangelizadores marcados por nuestras flaquezas. Y así la Nueva Evangelización prolonga, también en este punto, la primera: santos y pecadores somos todos, de modo diverso, objetos y sujetos, destinatarios y protagonistas. Lo importante es que, escribiendo derecho sobre líneas torcidas, Jesucristo se hace presente hoy como antes, por los siglos sin fin.

CARD. LUCAS MOREIRA NEVES, O. P.

Para el curriculum vitae vean por favor el curriculum publicado en un artículo precedentemente escrito por el Cardenal para *Ecclesia*.

Actualmente es Cardenal Arzobispo de Sao Salvador da Bahia y Primado de Brasil. Participó en la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo.

Dirección: Palácio da Sé
Praça da Sé, 1
40020 Salvador Ba.
Brasil

Viajes apostólicos del Santo Padre durante 1992

Edward Mulholland

Un año con sólo dos viajes internacionales podría parecer extraño para el papa peregrino, Juan Pablo II. Con cincuenta y cuatro peregrinaciones apostólicas en los primeros trece años de pontificado, apenas dos salidas al exterior marcarán, según algunos, un cambio de ritmo. Los viajes apostólicos del Papa Juan Pablo II durante el 1992, sin embargo, se enmarcan dentro de las celebraciones del quinto centenario de la evangelización de América y del África al sur del Sahara. Han revivido, con renovado impulso, la llegada de la Palabra de Dios a esas tierras, en la persona del Vicario de Cristo.

Angola, Santo Tomé y Príncipe (4 a 10 de junio 1992)

El Papa realizó su quincuagésimo quinto viaje internacional a los países africanos de Angola y Santo Tomé y Príncipe. Después de un período turbulento de la historia de esta nación, el Santo Padre se presentó al pueblo angoleño como *peregrino de amor y de esperanza*¹. El mismo día de su llegada, en el aeropuerto de la capital, Luanda, el Papa abrió su corazón al alma sufrida de Angola: *desearía entrar en la casa de cada uno de vosotros, saludar a todos los hombres y a todas las mujeres, acariciar a todos los niños, en cuyos ojos se reflejan la inocencia y el amor...*

El jubileo de la llegada de la salvación, y el sentido de familia que debería reinar en cualquier país que quisiera construir un futuro de paz y de

¹ Las referencias a las palabras textuales del Santo Padre se evidencian en letra cursiva y se citan según la edición semanal en lengua española de "L'Osservatore Romano".